



# IVAN ILLICH

## Entre el tópico y la utopía

**Q**UIEN es Iván Illich? Un vienés de origen judío por su madre, sacerdote católico vecindado en América, primero en Nueva York, después en Puerto Rico y por fin en México, donde fundó en Cuernavaca un famosísimo Centro de Información y de Documentación (CIDOC), considerado hoy como una especie de Universidad libre de nuevo tipo dedicada a los problemas específicos del subcontinente latinoamericano.

Pero, por encima de todo eso, Iván Illich es una aguda inteligencia especializada en subvertir la sabiduría convencional de nuestro tiempo y poner nerviosos hasta sacarles literalmente de quicio a los hombres que detentan el manejo de las instituciones sociales de todo tipo de que disfrutamos.

La primera institución con la que tropezó Iván Illich fue la Iglesia católica: la manera radi-

---

Es de suponer que el nombre de Iván Illich comience a difundirse por España a partir de la aparición entre nosotros de sus tres títulos característicos: "La convivencialidad", "La sociedad desescolarizada" y "Energía y equidad". Ahora aparece "La nemesi médica", en el que Illich demuestra hasta qué punto la medicina institucionalizada ha llegado a convertirse en una grave amenaza para la salud.

Publicamos, a continuación de un trabajo sobre Iván Illich, un capítulo de su libro "La nemesi médica", que, al igual que los anteriores, edita Barral en su Breve Biblioteca de Respuesta.

---

cal como Illich comenzó a plantear los problemas religiosos de Latinoamérica disgustó tan profundamente en Roma, que el Santo Oficio abrió contra él un proceso en 1969, e Iván Illich acabó secularizándose, aunque sin abandonar nunca su fe católica.

Aunque en este trabajo de presentación de Illich vamos a referirnos primordialmente a su teoría sobre la desescolarización de la sociedad, no hay que olvidar que esta teoría encaja en otra más amplia, o es parte de otra, sobre la necesidad de

una sociedad desinstitucionalizada, lo que equivale a sociedad sin instituciones, frontera de utopía que Illich nunca ha pensado en traspasar, sino a la sociedad cuyas instituciones se muevan dentro de los dos "umbrales" que Illich cree poder señalar; uno inferior, por debajo del cual la sociedad se desintegra, y otro superior, por encima del cual la sociedad se superprograma. Si aquél no se supera, la organización social no es eficaz, no puede haber convivencia social o, como él dice, "convivencialidad"; si se

supera éste, la convivencialidad se destruye. Precisamente la bestia negra de Iván Illich es este tipo de sociedad en que vivimos, la sociedad superdesarrollada y consumista, en la que el umbral superior se ha traspasado indebidamente.

Considera Illich que la identificación llevada a cabo entre educación y escolarización obligatoria es como confundir la salvación con la Iglesia. Y nuestro autor llega al colmo de la desestima cuando afirma que "la escuela prepara para la alienante institucionalización de la vida al enseñar la necesidad de ser enseñado" (Ibd., p. 66). Semejante necesidad parte del supuesto de que alguien tiene derecho a determinar lo que otras personas tienen que saber, y esos saberes son los que se mitifican y ritualizan en la enseñanza; como si los valores se pudieran "envasar" e institucionalizar y fueran de trans-

misión segura y perpetuamente progresiva. Para Illich, un hombre "escolarizado", es decir, un hombre que se ha dejado "educar" dentro del actual sistema —común a todos los países desarrollados o que aspiran a serlo, socialistas o capitalistas— es un hombre dócil y despersonalizado, convertido en pieza al servicio de la monstruosa y aniquiladora civilización del consumo, uno de cuyos más tranquilizadores productos es precisamente el de la "educación" impartida mediante su sistema escolar. En consecuencia, la descolarización es fundamental para cualquier movimiento de liberación del hombre (Ibid., p. 56). E Illich identifica como signo de salud la resistencia creciente de tantos estudiantes a dejarse manipular: "Su resistencia no se debe al estilo autoritario de una escuela pública o al estilo seductor de algunas escuelas libres, sino al planteamiento fundamental común a todas las escuelas: la idea de que el juicio de una persona debiera determinar qué y cuándo debe aprender otra persona" (Ibid., p. 60). La cosa es tan grave, que Illich no vacila en establecer un parentesco entre la enseñanza obligatoria y programada y la tortura pedagógica utilizada en Brasil o en Grecia: "La naturaleza totalmente destructiva y en constante progreso de la instrucción obligatoria cumplirá cabalmente su lógica final a menos que comencemos a librarlos desde ahora de nuestra *übris* pedagógica, nuestra creencia de que el hombre puede hacer lo que no puede Dios, a saber, el manipular a otros para salvarlos" (Ibid., p. 70).

Iván Illich piensa que la creciente y fatal institucionalización de la sociedad moderna encierra una especie de maldición: la de hacer al individuo pasivo, un pobre ser encerrado en el tremendo engranaje de la producción y el consumo. Sin embargo, la enseñanza ha mimetizado la estructura institucionalizadora, manipuladora, de las restantes instituciones y ha dividido en su propio seno a los hombres en productores y consumidores: eso es lo que quiere significar Illich con el empleo de la palabra escolarizar. Una sociedad "escolarizada" es la que reduce a los maestros al papel de vendedores y "colocadores" de un producto previamente envasado, y a los

alumnos, a pasivos consumidores del mismo: ese es el espectro institucional que Illich trata de conjurar y reducir.

Quizá es ya el momento de decir que Illich tiene un defecto: dice las cosas demasiado pronto y con demasiada claridad; y ello, unido a algunas de las soluciones concretas o cauces educacionales que propone, podría hacer pensar al lector que la cuestión es muy sencilla y se puede dar por resuelta, o, por el contrario, que la descolarización de la sociedad es algo que bordea peligrosamente los límites de la utopía o incurre pura y simplemente en tónica demagogia. Y en ambos casos se cometería una injusticia con el pensamiento de Iván Illich.

En efecto, Illich no se hace ilusiones. Sobre todo lo difícil que resulta un cambio de conciencia; difícilísimo, casi imposible, si se tiene en cuenta lo fácil que es convencerse de que se ha realizado ya. Como él mismo nos recuerda, Aristóteles descubrió hace ya mucho tiempo que "hacer" y "actuar" son cosas distintas; pero la mayor parte de los seres humanos sigue sin descubrirlo y cuando se pone a "hacer" lo contrario de lo que venía haciendo, tiende sin más a hacerse la ilusión de que está "actuando" de distinta manera. Ahora bien, no son los métodos empleados, sino la idea misma de un aprendizaje públicamente prescrito, lo que hay que modificar, e Illich sabe muy bien que esta es una causa todavía sin partido: "Nuestras actuales instituciones educacionales están al servicio de las metas del profesor (supuesto que el profesor las tenga, añadimos por nuestra cuenta). Las estructuras de relaciones que necesitamos son las que permitan a cada hombre definirse él mismo aprendiendo y contribuyendo al aprendizaje de otros" (Ibid., p. 96).

En el capítulo más importante y más comprometido de su libro, Illich se propone demostrar que lo contrario de la escuela actual es posible. Que es posible no sólo imaginar, sino también llegar a crear un sistema educacional con estos tres objetivos: proporcionar a todos aquellos que lo quieran el acceso a recursos disponibles en cualquier momento de sus vidas; dotar a todos los que quieran compartir lo que saben del poder de encontrar a quienes quieran aprender de ellos; y, finalmente, dar a todo aquel

que quiera presentar al público un tema de debate la oportunidad de dar a conocer su argumento (Ibid., p. 101). Con ello se vendría abajo la complicada pirámide de los saberes establecidos, la expendería minuciosamente programada de unos supuestos secretos por unos supuestos poseedores de los mismos. Y la cuestión educacional no se plantearía con la pregunta: ¿Qué es lo que hay que aprender?, sino con la pregunta: ¿Con qué tipo de cosas y de personas podrían querer ponerse en contacto los que buscan aprender a fin de aprender? (Ibid., p. 103). El mismo Illich adelanta una primera respuesta al proponer cuatro redes educacionales como modelos no evidentemente excluyentes: una red de facilitación de acceso a cosas o procesos usados para el aprendizaje; unas "lonjas de habilidades" donde quienes posean algunas determinadas las pongan a disposición de quienes las solicitan; un servicio de búsqueda de personas que quieran compartir un aprendizaje común, y un servicio de educadores independientes (Ibid., p. 104 y ss.).

A decir verdad, es en este capítulo donde la sensación de utopía más fuertemente se dejan sentir. Pero quizá se trate a su vez de un efecto de perspectiva, cuando proyectamos los modelos educacionales propuestos por Illich sobre el actual sistema de enseñanza de cualquier país moderno. Sistemas de enseñanza, no lo olvidemos, que Illich rechaza entre otras razones porque resultan crecientemente caros y constituyen una de las trampas de los países pobres: es evidente que Illich tiene siempre presente la problemática pavorosa de las naciones del Tercer Mundo, y en particular de la América Latina.

Pero si tenemos en cuenta que la necesidad de cambio de la sociedad actual es un tópico que ni aun las mentes más identificadas con semejante modelo social se atreven a poner en duda, resultaría un contrasentido tranquilizarse con la idea de que Illich incurre en la utopía al plantear radicalmente la necesidad de cambio en el subsistema social que se caracteriza precisamente por ser el vehículo que conforma las mentes al servicio del tipo de sociedad que hay que cambiar. Para Illich, las metas de la revolución educacional consisten en liberar: liberar el acceso a las cosas, mediante la abolición del control que ejercen personas e ins-

tituciones sobre sus valores educativos; liberar la participación de habilidades al garantizar la libertad de enseñarlas o de ejercitarlas; liberar los recursos críticos y creativos de la gente mediante la devolución de su capacidad de convocar y organizar formas de encuentro; liberar al individuo de la obligación de moldear sus expectativas según los servicios ofrecidos por cualquier profesión establecida (Ibid., p. 133-134).

Por otra parte, más exacto que aludir a la propuesta por Illich de nuevos modelos educacionales, es decir, que lo que hace es rechazar de raíz los imperantes, y más que configurar nuevas utopías, asestar sus golpes a la gigantesca utopía que nos envuelve a todos, la de un mundo feliz gracias al consumismo y la programación universal. En este sentido, la lectura del libro que venimos comentando necesita su complementación con la del titulado "La convivencialidad", a un mismo tiempo resultado y punto de arranque del anterior: Illich inscribe la necesidad de la revolución escolar dentro del marco de la catástrofe que a la sociedad industrial se le avecina, y de alguna manera considera a ésta inevitable si no se lleva a cabo un esfuerzo titánico para educar al hombre de otro modo, con otras metas y por otros procedimientos.

Digamos, para concluir, que el educador profesional que lea a Illich puede experimentar al principio una cierta y molesta sensación de que al autor le está dejando fuera de juego, de que no se cuenta para nada con él, y que incluso se le "descuenta" en el programa de la transformación de la enseñanza. Sería una lástima que ello le impulsara a dejar la lectura. Porque sólo si quienes pretenden estar educando se hallan siempre dispuestos a corregir su "profesionalidad", están siendo efectivamente educadores. ¿Quién educará a los educadores?; es una pregunta que puede ocurrírseles mientras leemos a Illich. Naturalmente, no la sociedad, ni el Estado, ni Illich siquiera. Sería una contradicción. Iván Illich no puede ni pretende hacer otra cosa que lo que hace: invoca la capacidad de cambio de conciencia que, de poseer alguien, son los educadores quienes la poseen. La "sociedad desescolarizada" no sólo no es una sociedad sin educadores, sino que es una sociedad que no es posible, ni siquiera pensable, sin ellos. ■ FRANCISCO PEREZ.